

---

ACERCA DE LA IMPLAUSIBILIDAD  
DE LA EXISTENCIA DE UN ÓRGANO  
DEL LENGUAJE

JUAN JOSÉ COLOMINA

---

ABSTRACT. The present text tries to criticize the underlying idea to the thesis of the existence of an organ of the language: an internist conception of mind and language that ends up accepting that its purpose is human communication. The author will critically analyze the arguments of Chomsky, Pinker, and Anderson and Lightfoot as head representatives of such project. In its place, a defense will be made of an externist conception of the language that considers that its basic function is the inclusion of the speakers within the existing linguistic conventions of human societies.

KEY WORDS. Naturalism, internism, externism, linguistic rationalism, semantics.

---

---

Desde los primeros trabajos críticos de Chomsky contra el conductismo <sup>1</sup>, ha ido cobrando fuerza la tesis que afirma que las lenguas son estados más o menos estables de la mente de los hablantes y que, como todo estado mental, debe ser entendido como un sistema biológico; es decir, se ha reivindicado que el lenguaje es una facultad de la especie humana y una propiedad presente en la mente de sus individuos, que se transmite genéticamente y no como algo externo a la mente. Dicha propiedad debe ser, por tanto, un objeto real, por lo que se postula la existencia de un 'órgano del lenguaje' <sup>2</sup> en tanto sistema biológico que, por un lado, es interno a la mente de todo individuo poseedor de habla y que, por otro, puede ser estudiado de modo naturalista (esto es, del mismo modo en que las ciencias de la naturaleza analizan el mundo).

Desde esta posición intuitiva, parecería como si el propósito del lenguaje fuera la comunicación entre los individuos. Pero nada más lejos de la realidad. Será nuestro propósito analizar la incongruencia de esta tesis con los actuales trabajos en filosofía lingüística, mostrando que esta errónea idea se debe a la distorsionada visión que la psicología popular (*folk psychology*) tiene del lenguaje.

---

Dpt. de Lògica i Filosofia de la Ciència, Universitat de València-Estudi General, Universitat de València, España. / [jjcolomina@hotmail.com](mailto:jjcolomina@hotmail.com)

Para ello, comenzaremos analizando en el primer apartado el programa seminal chomskiano en tanto que propulsor de la idea de la existencia de una instancia en la mente y en el cerebro genéticamente estipulada, que dispone por sí misma de todos los requisitos para desarrollar cualquier lenguaje natural para, una vez expuestos los argumentos naturalistas sobre los que descansa dicha tesis, poder concluir su inconsistencia lógica. En un segundo momento, atenderemos a los desarrollos que sobre el mismo tema llevó a cabo S. Pinker en la década de los noventa. Del mismo modo, repasaremos sus argumentos presuntamente basados en datos y experimentos empíricos para mostrar la insuficiencia lógica de su propuesta. En un tercer apartado, nos enfrentaremos a la implausibilidad de esta tesis en apariencia reductivista que ha cobrado fuerza en los últimos años (la posibilidad de la existencia de un órgano del lenguaje) bajo los estudios fisiológicos de Anderson y Lightfoot para mostrar que su naturalismo responde más a un dualismo de propiedades que a un verdadero estudio sobre la intención lingüística. Para concluir, expondremos cómo consideramos que debe entenderse el lenguaje, como un instrumento necesario para la inserción de los individuos en sus respectivos marcos conceptuales a partir de la asimilación de sus diferentes convenciones lingüísticas, y cómo debe tratarse la convención lingüística, cuya finalidad es la comunicación (no necesariamente humana), teniendo en cuenta tanto los últimos aportes de la semántica cognitiva como los últimos avances en biología evolutiva.

1. CHOMSKY SOBRE LENGUAJE:  
LA GRAMÁTICA UNIVERSAL Y EL 'MÓDULO' DEL LENGUAJE

Parece que la capacidad de habla en los seres humanos es innata, que nacemos ya con la capacidad de aprender cualquier lengua, algo que reforzaría nuestra intuición de que cuanto antes aprendemos una lengua menos nos cuesta. Parece como si tuviéramos esa capacidad inscrita en nuestros genes, como si nuestro cerebro estuviera estructurado de tal modo que incluyera un apartado específico para regir nuestro lenguaje. De esta idea partirán los estudios lingüísticos de Noam Chomsky.

Como hemos comentado anteriormente, Chomsky concibe el lenguaje como un estado interno de la mente de los hablantes (humanos) y que, por tanto, puede traducirse en un sistema biológico inserto en el cerebro que puede ser analizado de modo naturalista. Es conveniente advertir que el naturalismo chomskiano es metodológico y no metafísico<sup>3</sup>, en tanto lo que principalmente pretende es, por una parte, desmitificar las tesis cartesianas respecto de la existencia de un 'fantasma en una máquina' (en un espíritu iniciado por Ryle<sup>4</sup>) a favor de un cierto monismo internista<sup>5</sup> basado en la evidencia del uso creativo, productivo y comprensivo del

lenguaje por parte de los hablantes que les posibilita crear, producir y comprender un número relativamente elevado o potencialmente infinito de enunciados de manera coherente y apropiada sin que necesariamente se presuponga una correlación entre lo que se dice y el contexto de emisión (superando así el denominado 'problema de Descartes<sup>6</sup>'), Por otra parte, pretende fundamentar la existencia de un conocimiento y de unas ideas innatas en la mente humana estructuradas en forma de una gramática universal a partir de la refutación (lógica) del supuesto problema de la adquisición del lenguaje desde la pobreza de estímulos existente en el mundo (el denominado 'problema de Platón'). Afirmar al respecto que la aparente asimetría entre el conocimiento lingüístico del niño que aprende una lengua y su experiencia lingüística desaparece si entendemos el lenguaje como una propiedad del código genético, innata, interna y propia de los seres humanos en tanto que miembros de la especie.

El método naturalista chomskiano, por tanto, establece la existencia de un órgano interno en la mente de los hombres y que éste se adquiere de modo innato por los miembros de la especie humana en tanto que se transmite a partir del código genético. Dicho naturalismo metodológico no excluye otros modos de ver el mundo (Chomsky 1995: 28), pero sí intenta mostrar la superioridad empírica de los datos científicos obtenidos a partir de los procedimientos de las ciencias naturales sin asumir una asimilación reduccionista (ni eliminativista) entre las operaciones y principios que describen la estructura y el funcionamiento del órgano del lenguaje y las operaciones y principios propios de las ciencias naturales<sup>7</sup>. Será precisamente este intento naturalista de asimilación lógica de los procedimientos científicos la que, precisamente, como veremos en breve, conlleve unos ciertos problemas al programa chomskiano, hasta el punto de mostrar su inconsistencia.

La nueva teoría chomskyana atacará precisamente una teoría que concibe el lenguaje como un objeto extensional y externo (al que denomina 'lengua-E') formado por un conjunto de enunciados entendidos en sentido público y que los hablantes de una comunidad emplearían para poder comunicarse (una noción sumamente compleja e imprecisa<sup>8</sup>). Esta concepción del lenguaje, afirma Chomsky, acaba por convertirlo en un epifenómeno, dado que éste se concebiría como un producto derivado de la gramática mental de los hablantes o, en el peor de los casos, se concebiría como un instrumento irreal sin existencia como objeto del mundo. Ello no quiere decir que no tuvieran existencia real los enunciados (o los actos de habla que suelen acompañarlos), sino que en última instancia no existiría nada que pueda denominarse 'lenguaje' más allá de ellos. En su lugar, lo que Chomsky estaría proponiéndonos sería considerar la existencia del lenguaje como un objeto real del mundo interno a la mente de los hablantes; esto es, concibe la existencia de una 'lengua-I', donde la I se refiere a

que el lenguaje es interno a la mente de los hablantes, es individual (e intransferible, en tanto que perteneciente a su propio código genético y, por tanto, no respondería a ningún código simbólico compartido por toda la comunidad de hablantes) y, sobre todo, que es intencional (que responde a mecanismos finitos y no a un conjunto potencialmente infinito de enunciados y actos de habla <sup>9</sup>).

Uno de los problemas con los que debe enfrentarse el análisis chomskiano del lenguaje es la explicación del modo en que los humanos llegan a conocer su propio lenguaje, para lo que aportará algunas conclusiones empíricas. En primer lugar, Chomsky insistirá en que el conocimiento del lenguaje constituye un dominio <sup>10</sup> específico prediseñado e innato que contiene sus propias pautas de desarrollo y sus propiedades específicas, y que a su identificación y estudio llegamos a partir de la observación empírica de determinados elementos o fenómenos 'internos' (como la dependencia estructural de la sintaxis <sup>11</sup>) o 'externos' (como las disociaciones dobles o los casos de los llamados 'niños salvajes' <sup>12</sup>). Segundo, existe una diferencia marcada, como nos indican los estudios sobre lesiones cerebrales <sup>13</sup>, entre 'saber una lengua' (competencia) y 'usar una lengua' (actuación). En tercer lugar, Chomsky asume que el cerebro opera computacionalmente. Esta idea supone que los sistemas cognitivos son mecanismos computacionales (es decir, conjuntos de algoritmos bien definidos) que conectan una cierta información de entrada (*input*) con una cierta información de salida (*output*) y que el lenguaje, como sistema cognitivo, también consiste en un conjunto de algoritmos que realiza computaciones sobre un número finito de unidades (o conjuntos de unidades) lingüísticas para producir un número infinito de expresiones lingüísticas, y que estas operaciones se realizan sobre representaciones mentales en tanto que conjuntos estructurados de símbolos portadores de información. En cuarto y último lugar, Chomsky nos dirá que la sintaxis es independiente (que no aislada) del significado y que, en definitiva, esto puede demostrarse empíricamente a partir del estudio del lugar en el que ocurre y en qué medida se da <sup>14</sup>.

Con todo, parece que en realidad Chomsky no consigue dar correcta cuenta de la carga epistemológica del lenguaje en tanto que en ningún momento parece demostrarse la existencia de evidencias empíricas que permitan postular los requisitos para la posesión de una instancia lingüística. Por un lado, el descubrimiento de ciertas anomalías en el lenguaje de ciertos individuos no supone en absoluto una disfunción a nivel subdóxico que acabe interfiriendo a un nivel personal (lingüístico), sino más bien son la prueba de un periodo de desarrollo deficitario que ha acabado repercutiendo en la carga normativa presente en la capacidad lingüística gramaticalmente estructurada del hablante. Por otro lado, tampoco la dependencia estructural de la sintaxis en ningún momento parece presu-

pone la necesidad de la existencia de dicha instancia, sino que, a lo sumo, reivindica la carga cognitiva que el lenguaje lleva inserta y que acaba actuando a nivel subpersonal. Parece, por tanto, que la supuesta evidencia de la existencia del órgano del lenguaje tan solo queda en un elemento estipulado *a priori* y que son pocas las pruebas empíricas que pueden aportarse a su favor, quedando como una petición de principio.

Además, parece que la presunta diferencia entre actuación y competencia se diluye cuando atendemos al modo en que empleamos el lenguaje. Los ejemplos relatados referentes a las presuntas lesiones cerebrales no parecen indicar la estructuración modular presupuesta ya que, como bien nos indican los estudios de Damasio <sup>15</sup>, las pruebas empíricas tienden a demostrar que ante una determinada lesión cerebral parece darse una reestructuración celular y nerviosa que, por un lado, desmiente la posibilidad de un teatro cartesiano de la mente y, por lo otro, indica una unidad estructural que parece negar la presunta jerarquía subdoxástica postulada por Chomsky. Aunque en cierto sentido, a primera vista parece existir una marcada asimetría entre ‘saber cómo’ y ‘saber qué’ (por ejemplo, podemos mover las piezas del ajedrez de tal modo que parezca que estamos jugando al ajedrez, pero sin llegar a conocer realmente las normas del ajedrez), esta dicotomía supondría una falacia porque precisamente lo que indicaría que realmente conocemos una lengua sería los usos que de ella podemos hacer (del mismo modo que sólo jugamos al ajedrez si nos ceñimos a sus reglas), es decir, lo que indica que un hablante conoce su lengua es el conocimiento de los diferentes usos que de ella puede hacerse, del mismo modo en que alguien llega a saber qué es una silla al sentarse en ella.

Otro problema con el que se encuentra el análisis lingüístico chomskiano pasa por tener que responder a la pregunta acerca de cómo adquieren los niños su lenguaje. Ya hemos atendido al problema relativo a la pobreza de estímulos estableciendo que la experiencia lingüística de un infante en edad de aprendizaje es pobre porque es imperfecta y limitada; a pesar de ello, cuando el niño alcanza una determinada edad ya no habla de forma fragmentaria ni incompleta, sino que es capaz de emitir expresiones gramaticalmente completas. Ello es fácilmente explicable a partir del esquema racionalista chomskiano <sup>16</sup>, en el que el conocimiento de la lengua se adquiere precisamente porque se supone la existencia de la facultad del lenguaje como innata, dotada de todos aquellos elementos necesarios para poder desarrollar una sintaxis particular a partir de la experiencia lingüística, lo que a su vez permitiría explicar la rápida adquisición del lenguaje por parte de los niños. Pero entonces, ¿cómo explicar la aparición del lenguaje en casos, como los de los ‘niños salvajes’, donde la experiencia lingüística es inexistente? Chomsky responderá a esta pregunta afirmando que en estos casos, en los que se da una ausencia de lenguaje, o donde parecen existir protolenguajes, dichos lenguajes son perfectamente expli-

cables a partir de su modelo, dado que lo que ocurre durante el periodo de aprendizaje es que los niños no aprenden directamente el lenguaje de su entorno lingüístico, sino que lo que disponen es de una idealización del hablante y del oyente, que estructuran sintácticamente la mente del niño y la capacitan para asimilar una lengua a partir de datos lingüísticos primarios de los que se disponga <sup>17</sup>. Es decir, lo que se presupone es la existencia de una gramática universal innata genéticamente transmitida que permite a los individuos disponer de las pautas gramaticales necesarias para poder captar cualquier lengua natural, por lo que más que decir que el niño aprende una determinada lengua, deberíamos decir que el aprendizaje de una determinada lengua es algo que le sucede al niño en una etapa concreta de su vida <sup>18</sup>.

Desde nuestro punto de vista, esta explicación vuelve a ser una petición de principio. Inferir la existencia de una gramática innata a partir de la rápida adquisición del lenguaje por parte del niño supone cometer un error lógico fundamental, porque, en primer lugar, necesitaríamos tener un punto de comparación que indicara lo rápido que se adquiere el lenguaje gracias a la posesión de dicha gramática (es decir, presupone la rapidez de la adquisición del lenguaje sin haber analizado ningún caso en total ausencia de conocimiento innato), además, en segundo lugar, comete una falacia al comparar el previo conocimiento del lenguaje con el previo conocimiento de otras habilidades físicas (como el nadar o el ir en bicicleta), cuando es más que patente que la adquisición del lenguaje requiere de la explicitación de una serie de instrucciones que no son tan rápidamente asimilables, dado su principal elemento constituyente: la normatividad. Aunque a primera vista parezca plausible, la apelación al desarrollo complejo del lenguaje a partir de la pobreza de estímulos presente en el entorno del niño en el momento del aprendizaje no es un mejor argumento porque, por una parte, que el niño aprenda desde un entorno que contiene frases incompletas, errores, etc., es más que dudoso porque, en definitiva, el lenguaje materno está correctamente estructurado, y porque, por otra, suelen explicitarse bastante tempranamente las normas de formación de emisiones correctas. Por tanto, el argumento chomskiano referente a la pobreza de estímulos recae en una circularidad, dado que lo que pretende es demostrar la adquisición del lenguaje por parte de los niños a partir de una propiedad (la pobreza de estímulos presente en el entorno de aprendizaje) que se hace evidente si y sólo si presuponemos la existencia en el lenguaje de dicha propiedad como constituyente básico.

Una última cuestión a la que Chomsky debe hacer frente es, ¿cómo apareció la facultad del lenguaje? Chomsky comienza por advertirnos que la aparición del lenguaje es un 'problema' sobre el que poco se sabe y sobre el que, de momento y a la espera del descubrimiento de nuevos datos observacionales que decanten la balanza, tan solo se pueden lanzar con-

jeturas. Lo que tiene muy claro, no obstante, es que cualquier intento de explicación del origen del lenguaje debe dar cuenta de las propiedades definitorias del mismo (como su potencial infinitud), por un lado, y de que es disfuncional porque no genera todo aquello que requeriría ni emplea todo aquello que llega a generar, por otro. Desde este punto de vista, para Chomsky, todo intento de explicación evolutiva de corte gradualista o adaptacionista fracasaría al pretender ver en el lenguaje una intencionalidad que permita mejorar las condiciones de la especie, ya que parecería un nivel de discontinuidad que imposibilitaría el desarrollo de las cualidades lingüísticas. Para Chomsky, que adoptará un planteamiento evolutivo 'pluralista', además de tener en cuenta el nivel primario de la explicación evolutiva a partir del azar y la selección natural, también deberíamos tener en cuenta las leyes físicas independientes de la evolución y la presencia de 'exaptaciones' evolutivas (casos en los que una característica de un organismo creada para un fin concreto acaba sirviendo para un fin diferente), pudiendo explicar el lenguaje como un fenómeno cualitativamente distintivo, emergente a partir del crecimiento de la masa encefálica en un periodo evolutivo posterior y su consiguiente restructuración y su disfuncionalidad y varias de sus características a partir de su estipulación como exaptaciones<sup>19</sup>. Aunque en principio estamos de acuerdo con el planteamiento evolutivo chomskiano, encontramos un cierto teleologismo presente en sus argumentos. Chomsky no indica en ningún momento dónde podemos hallar dicho órgano del lenguaje, por lo que (en un primer caso) si no tuviera una base física debería enfrentarse a los inconvenientes de un epifenomenismo (que tanto había denunciado en los planteamientos conductistas y que tanto temía) o bien (en un segundo caso) restringiría en exceso la estructura cerebral obligando a jerarquizar las capacidades cognitivas humanas y, en última instancia, a postular la necesaria estrechez de contenido y su consiguiente sobredeterminación que tantos problemas ofrecía a las explicaciones funcionalistas (con la necesaria consecuencia de presuponer un cierre cognitivo y una clausura de lo físico a partir de dicha teoría<sup>20</sup>). De todos modos, y aunque supongamos como cierta la idea de que cierto tejido cerebral permite gestionar el lenguaje, todavía quedaría por especificar el modo en que la evolución privilegia cierta estructuración biológica en ciertas especies, ya que parece claro que no existe ningún tipo de intencionalidad evolutiva que permita observar un cierto fin en la naturaleza, ni siquiera secundario<sup>21</sup>, invalidando así el argumento que considera el lenguaje como una exaptación.

## 2. EL INSTINTO DEL LENGUAJE EN PINKER

Steven Pinker está convencido de que las propiedades lingüísticas humanas se encuentran codificadas en nuestros genes y se reproducen en algo

que él denomina el 'instinto del lenguaje'. Sus argumentos a favor de la existencia del mismo se encuentran básicamente expuestos en *The Language Instinct* <sup>22</sup> (1994). Analizaremos brevemente algunos de sus argumentos más importantes para intentar mostrar su inconsistencia lógica y demostrar, así, que su tesis comete un error lógico.

Basándose en una investigación de Myrna Gopnik acerca de una familia en la que varios de sus miembros padecen una disfunción específica congénita que afecta a su habilidad gramatical, a los que denomina 'mutantes lingüísticos', Pinker concluye que estos individuos afectados no son capaces de deducir las normas generales de la gramática desde formas particulares, por lo que el lenguaje debe tener una dependencia genética. Este argumento lo refuerzan, nos dirá, elementos empíricamente demostrables como el bajo cociente intelectual de los miembros afectados, su irregularidad en las generalizaciones y la disfuncionalidad presente en otras capacidades no lingüísticas (Pinker 1994: 324ss.). Lo que aquí parece cometer Pinker es un error lógico al pretender inferir una anomalía mental (interno) a partir de un hecho lingüístico (externo).

Para Pinker, también sería una prueba de la existencia previa de la estructura lógica de las palabras la capacidad que muestran los niños durante el aprendizaje del lenguaje de formar nombres irregulares a partir de formas regulares, atendiendo al referente que denota (Pinker 1994: 146ss.). Sin embargo, no parece del todo cierto que los niños infieran correctamente, por ejemplo, el femenino <sup>23</sup> de muchos términos de buenas a primeras (como ocurre con el uso del término 'caballa', para referirse al femenino de 'caballo' <sup>24</sup>), sino que muestran errores de bulto al inicio, hasta que alguien consigue corregir el fallo al mostrarles el término correcto. Por lo tanto, este argumento parece presuponer circularidad, porque no parece muy correcto inferir que el modo en que los hablantes construimos el femenino (o el plural) de algunos nombres dependa del objeto al que ellos piensen que denota, si consideramos, como hace Pinker, que el único modo de descubrir el objeto al que piensan que denota un nombre es a partir de cómo forman su plural.

Como Chomsky, Pinker pretende demostrar la plausibilidad de su tesis a partir de la rapidez con la que los niños aprenden su lengua (y el nivel de complejidad que son capaces de alcanzar) en comparación con aquellos hablantes de más edad que pretenden aprender una segunda lengua (Pinker 1994: 275ss.). Como ya hemos indicado anteriormente, la complejidad y la rapidez de aprendizaje no son factores relevantes a la hora de aprender una lengua, sino que debería atenderse más a factores como la motivación del aprendiz, su disponibilidad

En nuestra sociedad, nos dirá Pinker, es muy frecuente que los niños interactúen con sus padres, algo que parece insinuar la teoría de que es el aprendizaje social el que realmente permite la adquisición del lenguaje.

No obstante, existen sociedades y culturas donde no es habitual que los adultos se dirijan a los niños y, a pesar de ello, los niños son capaces de adquirir el lenguaje a partir de las formas incompletas e inconexas que escuchan a otros niños (Pinker, 1994: 40ss. <sup>25</sup>), lo que refuerza la intuición de la existencia de una gramática interna. Aún así, al igual que cuando analizamos el argumento de la pobreza de estímulos, podemos decir que muchas veces dejamos de lado elementos mucho más relevantes que la incompletud (como la entonación) que permiten explicar la adquisición y aprendizaje del lenguaje desde el ámbito social. A menudo, el contexto es mucho más complejo de lo que se presupone y se tiende a reducir a su mínima expresión.

Al igual que Chomsky se basaba en ciertos experimentos realizados con 'niños salvajes', cuyas conclusiones acepta Pinker, nuestro autor atiende a un caso modificado (aunque real) para obtener un refuerzo a sus argumentaciones neochomskyanas: el caso 'Chelsea'. Según nos relata Susan Curtiss, Chelsea es una chica sorda de nacimiento que a los treinta y dos años recuperó el oído y que, en su aprendizaje tardío del lenguaje, fallaba en la construcción de oraciones significativas. Como desde niña había sido cuidada atentamente por sus padres y su entorno familiar, para Pinker esta anomalía no puede ser explicada a partir de un trauma, sino que, infiere, se deberá a una atrofia en el órgano del lenguaje, dado que a partir de una cierta edad (lo que denomina 'periodo crítico', en un lenguaje chomskiano *aggiornato*) parece imposible aprender incluso la propia lengua materna. Desde nuestro punto de vista este argumento es falaz, dado que, en primer lugar, si Chelsea tiene dificultades en el aprendizaje del lenguaje se debe al poco entrenamiento en habilidades lingüísticas articuladas oralmente, por lo que el periodo de aprendizaje debe extenderse bastante más en el tiempo <sup>26</sup>, mientras que, en segundo lugar, es dudoso que este ejemplo pueda demostrar la atrofia de la (supuesta) instancia del lenguaje porque, en principio, no existe ningún impedimento físico que limite la adquisición de una lengua por parte de alguien a partir de cierta edad y, como hemos indicado anteriormente, son elementos como la motivación los que llevan la voz cantante en este tipo de casos. Simplemente parece que Pinker, una vez más, pretende inferir inductivamente una conclusión general a partir de un caso particular, observacionalmente poco experimentado, y obtiene sólo conclusiones precipitadas (Pinker, 1994: cap. 4).

### 3. EL ANÁLISIS FISIOLÓGICO DE ANDERSON Y LIGHTFOOT: EL ÓRGANO DEL LENGUAJE

Recientemente, algunos psicólogos y lingüistas cognitivos han recuperado (a pesar de que nunca se había abandonado) la idea de la existencia de un

módulo del lenguaje y la han potenciado en su sentido fisiológico, aportando presuntas pruebas de la existencia de lo que ellos denominan una ‘instancia biológica’, cuya función básica sería regir la adquisición, aprendizaje y evolución del lenguaje. Lo que pretenden mostrar con ello es que las teorías que consideran que el lenguaje es una colección extensional de enunciados están equivocadas al entender de modo contingente ciertos aspectos del mismo y que el modo correcto de afrontarlo es considerándolo como un conjunto intensional de propiedades de la mente particular de los individuos, recuperando así la clásica contraposición chomskyana entre lenguaje extensional (*lingua-E*) y lenguaje intensional (*lingua-I*) (*The Language Organ*, cap. 1).

Los más osados de ellos son Stephen Anderson y David Lightfoot, que han publicado un libro con el polémico título *The Language Organ*<sup>27</sup> (TLO), donde se defiende esta tesis. Para reforzar su visión internista del lenguaje, aportan una serie de pruebas.

En primer lugar, afirman que la habilidad aparentemente innata de los niños de aprender una lengua permite inferir la existencia de un órgano del lenguaje, ya que en edades muy tempranas la falta de información cognitiva de su entorno extracorporal (lo que ellos denominan “argumento estándar de la pobreza de estímulos”) sólo permitiría la construcción de un lenguaje intencional, algo que reforzaría la tesis de la existencia de un órgano del lenguaje (TLO, cap. 2<sup>28</sup>). El argumento se apoya en supuestas pruebas evolutivas de la biología de nuestra especie que permiten mostrar cómo los aprendices del lenguaje saben cosas que no han aprendido y que simplemente saben por medio de la inducción a partir de los datos que poseen durante el curso de la adquisición de su lenguaje, como por ejemplo la adquisición del uso de formas auxiliares contraídas en inglés (TLO: 18, 25-28) o el uso de pronombres que se refieren a individuos representados a través de otros tipos de expresiones, pero con el mismo dominio sintáctico (TLO: 18, 28-34<sup>29</sup>).

Un segundo argumento se basa en la tesis del privilegio epistémico de primera persona. Los niños que aprenden el lenguaje, afirman, tienen un conocimiento mayor de los diversos componentes de su lenguaje intensional que de su entorno, permitiendo así un acceso directo a su propia sintaxis. Este argumento vendría a reforzar la hipótesis de la existencia de un órgano que permitiría al niño desarrollar el lenguaje por sí mismo, sin necesidad de recurrir a la ayuda de su cognición del exterior, dado que existe la impresión de que los hablantes saben más de lo que han aprendido (TLO, cap. 3-8<sup>30</sup>).

Un tercer argumento se refiere a la naturaleza de dicho órgano del lenguaje. La instancia que permite desarrollar el lenguaje, como todo órgano, se adapta y se desarrolla a la par que todo el organismo, permitiendo así al individuo organizar su lenguaje de tal modo que sea capaz

de significar todo aquello que quiera decir según el lenguaje que hable (TLO, cap. 9). Este órgano se dispone innatamente en un estado inicial (a modo de gramática universal o de genotipo lingüístico) y se desarrolla hasta alcanzar un estado gramatical (o de fenotipo lingüístico). Sin embargo, cuando ellos se refieren a un órgano del lenguaje no se refieren a una cierta cámara secreta dentro de la anatomía cerebral, ni siquiera parecen referirse a una estructura física inserta en el cerebro, sino que específicamente hablan de un cierto tejido (suponemos que cerebral, aunque no se llega a especificar, por lo que es posible que se refieran a una cierta instancia mental epifenoménica) cuya función principal sería dotar de habla al ser humano (fisiología) (TLO, cap. 8). Y como sólo es propio de los seres humanos significar aquello que quieren, infieren, entonces parece claro que el órgano del lenguaje será un órgano producido a partir de la evolución de la biología propiamente humana (TLO, cap. 10), del mismo modo que la ecolocalización es una capacidad específica de la evolución biológica de la especie de los murciélagos <sup>31</sup>.

Los argumentos anteriormente expuestos permiten a Anderson y Lightfoot postular el ambicioso proyecto de instaurar un programa biológico que estudie la facultad humana del lenguaje desde el punto de vista funcional y fisiológico de la existencia de un órgano del lenguaje (Anderson y Lightfoot 2006: 382). Este estudio formaría parte de un mayor proyecto que debería investigar la organización cognitiva de la estructura específica de las especies. En los animales, este proyecto quedaría limitado al análisis de su comportamiento externamente observable (no porque el comportamiento de los individuos sea el objeto de estudio —una tesis más propia de la escuela conductista— sino porque es del comportamiento externo de los animales de lo único que podemos tener evidencias, dada su naturaleza no comunicacional) en tanto que éste se encuentra relacionado con sus estructuras nerviosas y cerebrales (nivel subpersonal). En los humanos no sería muy diferente ya que, a pesar de que éstos sí que poseen un carácter comunicacional, sus intenciones y comportamientos lingüísticos también pueden observarse desde este prisma cognitivo y analizarlos en tanto que relacionados con un correlato psicológico, cognitivo o neurofisiológico, llámeselo gramática universal, modularidad u órgano del lenguaje.

#### 4. BIOLOGÍA Y LENGUAJE: SOBRE LA IMPLAUSIBILIDAD DE LA EXISTENCIA DE UN ÓRGANO DEL LENGUAJE

Es hora de atender críticamente a las ideas que se encuentran en el trasfondo de las argumentaciones de Chomsky, Pinker, y Anderson y Lightfoot con la intención de desacreditar la plausibilidad de su tesis de fondo: la posibilidad de la existencia de un órgano del lenguaje, como

consecuencia de su análisis internista y de su cartesianismo de la mente, derivado de su idealismo lingüístico-epistémico.

En primer lugar, respecto al argumento de la pobreza de estímulos, los autores parecen querer simplemente convencernos de que aceptemos el carácter innato del lenguaje por el mero hecho de que existe cierto tipo de casos en los que (parece) se demostraría que no hemos aprendido el modo de referirnos a los objetos reales, cuando en realidad sólo resaltan la indeterminación de ciertos postulados por la falta de datos relativos a su explicación. Lo que realmente nos muestran dichos ejemplos es que dicha teoría y otras afines ignoran una parte importante de los estímulos que permiten a los hablantes aprender realmente una lengua, como son la estructura de la información, la entonación, el discurso <sup>32</sup>, y que pertenecen al contexto de uso de las emisiones lingüísticas. Si atendemos al papel que estas propiedades tienen en el habla, lo que realmente parecía una tesis plausible queda relegada a una mera hipótesis infundada y partidista, ya que éstas permitirían explicar el comportamiento de ciertos significados, en tanto que realzan la fuerza ilocucionaria implícita en toda emisión, fuerza que depende de convenciones externas al propio lenguaje.

En segundo lugar, a pesar de que parece ser cierto que los hablantes tenemos un privilegio mayor respecto de nuestros propios estados internos que de los elementos de nuestro entorno, ello no permite inferir que sean los estados mentales de los hablantes los causantes de la significación, ya que ello supondría una teoría causal que afirmaría que determinado estado superviene a cierto significado, abriendo más incógnitas que aquellas que permite cerrar y obligándonos a tener que hacer frente a las consecuencias negativas de postular una clausura física del mundo.

En tercer lugar, suponer la existencia de un órgano del lenguaje supone también poder identificar el lugar que ocupa dicho órgano. Aunque nuestro autores presuponen la existencia de una instancia cerebral o un cierto tejido nervioso, ninguno de ellos llega a mostrar en ningún momento dónde podemos hallar dicho órgano del lenguaje y tan solo lo identifica con un cierto tejido inespecífico que no logra ubicar en el cerebro, y que de no tener una base física debería enfrentarse a los inconvenientes de un epifenomenismo. De todos modos, y aunque supongamos como cierta la idea de que cierto tejido cerebral permite gestionar el lenguaje, todavía quedaría por especificar el modo en que la evolución privilegia cierta estructuración biológica en ciertas especies, ya que parece claro que no existe ningún tipo de intencionalidad evolutiva que permita observar un cierto fin en la naturaleza. Así, por ejemplo, podemos observar en la naturaleza que cierto tipo de animales, como la especie de los delfines, también tiene a su disposición cierto tipo de sistema ecolocalizador que, aunque seguramente es biológicamente diferente al de los murciélagos, cumple a la perfección su función. Del mismo modo, también los ojos, los

sistemas auditivos o la vejiga natatoria de ciertos peces cumplen a la perfección su función a pesar de tener una estructura evolutiva diferente, dependiendo de las diversas especies que lo posean <sup>33</sup>.

Lo que en un principio podría parecer una tesis plausible, la existencia de un órgano del lenguaje, amparada por el sentido común, adquiere un aire de implausibilidad cuando atendemos detenidamente a las tesis que aparecen en su trasfondo. Lo que verdaderamente subyace a la presunta 'instancia biológica del lenguaje' es, como hemos visto, ni más ni menos que la antigua tesis mentalista acerca de la intencionalidad, que afirma que el significado público del lenguaje se deriva de los pensamientos subjetivos de los individuos y que dichos pensamientos se constituyen a partir de las propiedades de los estados internos de los hablantes. Dicho con otras palabras, que el contenido mental es prioritario e independiente respecto del significado lingüístico.

Si atendemos a la posibilidad de la existencia de un órgano gestor del lenguaje, damos por supuesto que el conocimiento de bajo nivel que éste proporciona (i.e. la capacidad de saber que conocemos la gramática de cierta lengua) permite inferir que el significado lingüístico 'está en la cabeza', desoyendo así las recomendaciones de las semánticas externistas.

Pero además, también podemos afirmar sin equivocarnos que detrás del postulado mentalista de Chomsky y de los otros proyectos afines, lo que se oculta es una reivindicación de las anticuadas tesis cartesianas, filtradas a través de la interpretación metodológica chomskyana, de la dualidad mente-cuerpo. Pero si esto es así, si realmente existe una serie de procesos mentales a los que se asocia cierto contenido de modo causal, entonces lo que parecía un principio aceptable (i.e., que dicho conocimiento de bajo nivel permitiría afirmar la existencia de un órgano del lenguaje) se convierte en un principio indeterminable, y este es un precio cognitivo demasiado elevado a pagar, al presuponer la existencia de un elemento real (una instancia biológica localizada en el cerebro) que gestiona computacionalmente por nosotros los aspectos gramaticales de nuestro lenguaje, a modo de un homúnculo, devolviendo de nuevo los intentos naturalistas a las tinieblas del dualismo de propiedades al tener que presuponerle, de modo separado, un sistema biológico completo que actúe mecánicamente ante dichas informaciones lingüísticamente representadas.

Por otra parte, es altamente discutible la tesis subyacente (y de sentido común) a la posibilidad de un órgano del lenguaje: la estipulación de la comunicación como la función propia del lenguaje. En contra de esta visión, y siguiendo las sugerencias de Millikan (2005 <sup>34</sup>) acerca de la distinción entre los actos en los que se debe atender tanto a la noción austiniiana de fuerza, como a la griceana-strawsoniana de intención del hablante (los actos de la clase K-I) y los actos explícitos fundados en normas y rituales institucionalizados y extralingüísticos (los actos de la clase K-II)

a la hora de definir la convención como un conjunto definido de interacciones existente entre los hablantes que permiten forjar toscas relaciones en sentido biológico, que se transmiten a partir de su reproducción y de su relevancia, nuestra propuesta se inclina más a aceptar la plausible afirmación de que la función principal del lenguaje es soportar las convenciones lingüísticas, en tanto que la función de estas últimas sería, por supuesto, la comunicación.

## NOTAS

- 1 Para una contundente crítica de las posiciones conductistas en lingüística puede atenderse a Chomsky, Noam (1955), *The Logical Structure of Linguistic Theory*. New York: Plenum. Para la crítica específica del posicionamiento de Q. Skinner es conveniente dirigirse a Chomsky, Noam (1959), "Review of Skinner, 1957", *Language*, 35, pp. 26-58. Para un análisis del impacto de las teorías chomskyanas en la lingüística durante la década de los sesenta, puede leerse Searle, John (1972), *La revolución de Chomsky en lingüística*. Barcelona: Anagrama, 1973.
- 2 Aunque su posicionamiento internista respecto del lenguaje data de mediados de los cincuenta, los primeros estudios sistemáticos respecto de la existencia de un sistema biológico llamado lenguaje no aparecen hasta la década de los setenta, cuando se publica su tesis doctoral con el nombre de *Estructura lógica de la teoría lingüística*. Puede leerse, por ejemplo, Chomsky, Noam (1975), *Reflexiones acerca del lenguaje*. Barcelona: Ariel, 1977 y Chomsky, Noam (1980), *Reglas y representaciones*. México D. F.: FCE, 1983. Puede también atenderse a Piatelli-Palmarini, M. (ed.) (1979), *Teorías del lenguaje, teorías del aprendizaje*. Barcelona: Crítica, 1983.
- 3 Como se desprende de sus argumentaciones naturalistas en Chomsky, Noam (1994), *Language and Thought*. London: Moyer Bell y Chomsky, Noam (1998), *Una aproximación naturalista a la mente y al lenguaje*. Barcelona: Prensa Ibérica.
- 4 Ryle, Gilbert (1949), *The Concept of Mind*. Oxford: Oxford University Press.
- 5 Aunque es conveniente advertir que él mismo tildará a su proyecto de 'materialismo unificacionista', Chomsky, Noam (1968), *El lenguaje y el entendimiento*. Barcelona: Seix Barral, 1977, p. 162.
- 6 Hemos de advertir que en estas líneas se agrupan los tres argumentos que permiten a Chomsky afirmar la potencial creatividad del lenguaje humano, pero que tan solo el primero de ellos (relativo a la capacidad de los hablantes de producir y entender un número potencialmente infinito de nuevas expresiones) puede ser abordado naturalistamente, ya que éste, a diferencia de los otros dos, es tenido como un 'problema' (que en la terminología de Chomsky apela a una incógnita que puede ser solucionada por medio de la investigación científica). Los otros dos elementos o definiciones de la potencialidad del lenguaje (que las emisiones lingüísticas son independientes a los estímulos y que son coherentes con el entorno) son considerados por Chomsky como 'misterios', por tanto no pueden ser analizados científicamente y tan solo pueden ser asumidos como insolubles e indemostrables por quedar fuera del espacio epistémico reservado al ser humano. Para una primera diferenciación entre 'problemas' y 'misterios' puede verse Chomsky (1975: cap. 4) o su más reciente Chomsky, Noam (1995), "Language and nature", *Mind*, 104, pp. 1-61.
- 7 Un problema con el que suele encontrarse toda teoría naturalista es el llamado problema mente-cuerpo. Es decir, si concebimos el lenguaje como un estado mental, cuya estructura responde a fundamentos biológicos y físico-químicos, ¿cómo podemos explicar la naturaleza de dichos estados mentales sin reducirlos a (o identificarlos con) los procesos naturales mismos? Será precisamente la explícita militancia chomskyana en el naturalismo metodológico y en el materialismo no ontológico el que nos dé la respuesta, porque éste no exige que los principios de la teoría lingüística tengan (necesariamente) que identificarse con los términos de la teoría física o biológica, dado que, en primer lugar, desde la física de Newton carecemos de un concepto definido

- (y definitivo) de materia (con lo que el problema mente-cuerpo parece diluirse al difuminarse cualquier concepto de 'cuerpo') y, en segundo lugar, porque la historia de la ciencia (apelando a la unificación entre la física y la química a comienzos del siglo veinte) nos enseña que pueden fusionarse explicaciones afines sin necesidad de que uno de los sistemas desaparezca absorbido por el otro (algo que no aseguraría una ampliación del conocimiento sino, seguramente, todo lo contrario) y que es posible instaurar una ciencia cognitiva del lenguaje de corte materialista sin que se reduzca a ninguna de las ciencias naturales.
- 8 Para algunas observaciones acerca de la dificultad añadida de entender el lenguaje como un producto social o común, puede leerse Chomsky, Noam (2000), *New Horizons in the Study of Language and Mind*. Cambridge: Cambridge University Press.
  - 9 La primera referencia a la dicotomía entre lengua-E y lengua-I podemos encontrarla en Chomsky, Noam (1986), *El conocimiento del lenguaje*. Madrid: Alianza, 1989.
  - 10 El dominio al que se refiere aquí la teoría de Chomsky es lo que en el título del epígrafe aparece como 'módulo'. Aunque es cierto que a veces el propio Chomsky emplea la terminología fodoriana para referirse a su 'órgano del lenguaje', esta caracterización no asume la arquitectura fodoriana de lo mental ni su concepción modular de la mente, tanto por sus consecuencias funcionalistas como, en especial, porque (a diferencia de Fodor) concibe el lenguaje como no plenamente encapsulado y como un sistema de entrada y de salida (y no sólo de salida), por lo que obligatoriamente estaría interconectado con el sistema central y no quedaría como un módulo más (como en la arquitectura fodoriana). La teoría fodoriana puede consultarse en Fodor, Jerry (1983), *Modularity of Mind*. Cambridge (Ma.): MIT Press. El alejamiento de las teorías fodorianas permite a Chomsky distanciarse también de muchas de las críticas que ha recibido desde posiciones externistas el computacionalismo fodoriano, basado en la clausura física de lo mental y en la 'estrechez' del contenido, y le permite también escabullirse de la crítica de Skidelsky respecto a la esencialidad ontológica presente en la noción sustancial de módulo que presenta el programa de Fodor. Cf. Skidelsky, Liza (2006), "Modularidad e innatismo: una crítica a la noción sustancial de módulo", *Revista de Filosofía*, Vol. 31, No. 2, 2006, Universidad Complutense de Madrid, pp. 83-107.
  - 11 Tal y como se desprende de análisis como los de Newmeyer, las operaciones de la sintaxis parecen ser sensibles en todas las lenguas a las complejas relaciones jerárquicas establecidas entre las diferentes unidades lingüísticas presentes en una expresión. Cf. Newmeyer, Frederick (1998), *Language Form and Language Function*. Cambridge (Ma.): MIT Press.
  - 12 Un caso paradigmático tal vez pueda ser el que constituye el análisis del caso de 'Genie', una niña que fue rescatada tras trece años de aislamiento y cruel cautiverio sin haber tenido nunca contacto lingüístico con otros seres humanos más allá de los abusos y agresiones físicos de sus captores. El caso puede consultarse en Curtiss, Susan (1977), *Genie*. New York: Academy Press.
  - 13 El ejemplo que supone Chomsky es un tanto incomprensible porque presupone la jerarquización modular de la mente previamente rechazada: suponemos un hablante del inglés que tras un accidente pierde la capacidad de hablar, entender y pensar lingüísticamente a pesar de no tener afectados los centros del lenguaje y que, tras una intervención quirúrgica, recupera la

- normalidad. ¿Diríamos que durante ese periodo el individuo sabía inglés? Para Chomsky, evidentemente, la respuesta es positiva, porque presupone una jerarquización que permite reducir semántica a sintaxis, permitiendo afirmar el conocimiento del lenguaje (y de cualquier otra capacidad cognitiva) si existe la arquitectura subdoxástica necesaria para que se pueda desarrollar dicha capacidad. Cf. Chomsky, Noam (1980), *Reglas y representaciones*, pp. 60-61. Desde nuestro punto de vista, este argumento comete el error de confundir los niveles doxástico y subdoxástico, elevando a un nivel personal aquellas competencias que tan solo disponen de un carácter estructural y arquitectónico. Debo a Liza Skidelsky dicha observación (comunicación personal). Para más detalles, puede consultarse su Skidelsky, Liza (2007), "La distinción doxástico-subdoxástico", *Crítica*, vol. 39, no. 115, pp. 31-60.
- 14 La tesis de la autonomía de la sintaxis aparece por primera vez en Chomsky, Noam (1957), *Estructuras sintácticas*. México D. F.: Siglo XXI, 1974. El análisis empírico de los elementos que permiten demostrar dicha tesis pueden encontrarse en Chomsky, Noam (1975), *Ensayos sobre forma e interpretación*. Madrid: Cátedra, 1982, pp. 33-74.
- 15 Cf. Damasio, Antonio (1994), *El error de Descartes*. Madrid: Crítica, 2005.
- 16 Es, desde nuestro punto de vista, este esquema neocartesiano de explicación el que permite inferir que, en realidad, Chomsky permanece en la concepción del lenguaje como un elemento cuya finalidad es la comunicación. Desde el punto de vista racionalista, al postular la preexistencia de la estancia del lenguaje, damos por supuesta la pertenencia de ciertos elementos gramaticales y sintácticos que se 'activan' según los elementos empíricos presentes, presuponiendo entonces la 'presencia' de un elemento que escapa a nuestro control y que es el encargado de dictaminar desde dentro el modo en que será nuestro lenguaje, aunque sea necesario el aprendizaje de las sintaxis particulares. En pocas palabras, lo que parece estar presuponiendo la lingüística chomskyana es la presencia de un homúnculo en la mente del hablante que le indica cómo hablar, por lo que (sumado al supuesto privilegio de especie que supone el lenguaje) haría aparecer al órgano del lenguaje como el modo necesario por el cual nos comunicamos.
- 17 Es necesario indicar que Chomsky considera que a partir de una cierta edad parece que es imposible que un niño pueda adquirir correcta y adecuadamente el lenguaje, como demuestra el caso de 'Genie', dado que parece ser que el órgano del lenguaje se atrofia al carecer de estímulos reales.
- 18 Aparte de las críticas que se detallan a continuación, queremos resaltar que apelar a una idealización supone una contradicción interna dentro del programa chomskiano que, recordemos, en principio presupone un panorama 'popperiano' para la adquisición del lenguaje, es decir, lo que parece indicarnos es que el niño formula hipótesis a partir de la observación de regularidades y, poco a poco, va abandonando dichas hipótesis en favor de otras a partir de nuevas observaciones, abandonando hipótesis plausibles por otras de alto orden. Pero esto significaría recurrir a una posibilidad abstracta perfecta (similar a la existente en la apelación a una comunidad lingüística ideal) que presupondría la construcción de *misterios* insolubles incapaces de dilucidar la naturaleza de aquello que parece querer describir y explicarse naturalmente. Cf. Sampson, Geoffrey (2007), "There is no language instinct", *Ilha do Desterro*, Universidade Federale de Santa Catarina (en prensa), especialmente pp. 7-8.

- 19 Son muchos y muy dispersos los pasajes en los que Chomsky habla acerca del origen del lenguaje. Algunos ejemplos pueden encontrarse en Chomsky, Noam (1988), *El lenguaje y los problemas del conocimiento*. Madrid: Visor 1989; Chomsky, Noam (2002), *On Nature and Language*. Cambridge: Cambridge University Press, y Chomsky, Hauser y Fitch (2002), "The faculty of language: what is it, who has it and how did it evolve?", *Science*, No. 298, pp. 1569-1579. Para una reconstrucción del planteamiento evolutivo chomskiano puede consultarse el capítulo 5 de Jenkins, Lyle (2000), *Biolingüística*. Madrid: Akal, 2002.
- 20 Sobre los peligros de la clausura física del mundo hemos advertido en Colomina, Juan José y Raga Rosaleny, Vicente (2006), "Sobre libertad y necesidad: una crítica al fisicalismo desde la posición de Dennett", en *Actas del V Congreso de la Sociedad de Lógica, Metodología y Filosofía de la Ciencia en España*. Granada: Universidad de Granada-SLMFCE, pp. 467-470.
- 21 Cf. Dennett, Daniel C. (1995), *Darwin's Dangerous Idea: Evolution and Meaning of Life*. London: Simon y Schuster. Para una revisión de las teorías dennettianas acerca de la evolución, con las que simpatizo, puede atenderse a Colomina, Juan José (2004), "El papel de la evolución en la teoría de Daniel C. Dennett", *Arbor*, Tomo CLXXIX, nº 705, Madrid, CSIC, pp. 247-264 y Colomina, Juan José (2006), "Criaturas y creaturas: conciencia, evolucionismo e intencionalidad en la filosofía naturalista de Daniel C. Dennett", *Contrastes, Revista Internacional de Filosofía*, Vol. XI, Málaga, Universidad de Málaga, pp. 97-115.
- 22 Cf. Pinker, Steven (1994), *The Language Instinct: The New Science of Language and Mind*. London: Alle Lane.
- 23 Los ejemplos que Pinker emplea se refieren a la formación de términos en plural en inglés a partir de su singular, como la forma incorrecta 'sable-tooths' en lugar de la correcta 'sable-teeth' para referirse a un tigre dientes de sable.
- 24 Pero no sólo ocurren estos errores en el aprendizaje de los niños, sino también en el aprendizaje de una segunda lengua, como demuestra el caso (real) de un alumno que confundió el término erróneo 'fratella' con el correcto 'sorella' para referirse en italiano al término castellano 'hermana'.
- 25 Un famoso caso propuesto por Pinker (1994: 33ss.) podemos encontrarlo en el análisis de los *pidgin*. Cf. Bickerton, D. (1990), *Language and Species*. Chicago: University of Chicago Press, capítulo 4. Un *pidgin* es un sistema de comunicación que entra en funcionamiento para mediar entre dos hablantes de lenguas diferentes en determinados momentos, por ejemplo, en el caso de un trueque. Cuando es un niño de una de las dos tribus el que aprende dicho sistema de comunicación, se denomina 'criollo' (término que apela a la mezcla entre dos culturas). Los *pidgin* son sistemas simples, mientras que los criollos son sistemas más complejos, con una estructura compleja capaz de traducir inmediatamente los términos de una lengua a otra, lo que presupone una capacidad gramatical innata que permite dicho tránsito de modo continuo. Sin embargo, todo hay que decirlo, a Bickerton también podríamos acusarlo de reduccionista, porque la asimetría marcada entre los criollos y los *pidgin* parecen mostrar una discontinuidad que precisamente denegaría la autoridad de su argumento al pretender que los criollos tengan más capacidad cognitiva que los *pidgin* cuando partimos del mismo principio de adquisición.
- 26 Alguien podría criticar este argumento apelando a las teorías de Jackendoff respecto de la adquisición, por parte de ciertas personas, con deficiencias auditivas, del sistema americano de lengua de signos (ASL). Cf. Jackendoff, Ray (1993), *Patterns in the Mind*. New York: Harvester. Presuntamente, los

estudios computacionales de Jackendoff mostrarían que la estructura lingüística de los hablantes está biológicamente gobernada más que socialmente adquirida, dado que aquellos que aprenden el ASL muestran cierto tipo de estructuración cerebral y computacional característica que permite inferir una cierta arquitectura característica de sustentación gramatical. No obstante, desde nuestro punto de vista, esta crítica no se sostendría, dado que más que la existencia de una estructuración determinada en los hablantes, lo que encontramos es una cierta distribución cognitiva característica, marcada normativamente por un determinado lenguaje, que permite estructurar la gramática de cada una de las diferentes lenguas de forma distinta, según sus propias reglas de constitución. Para una revisión más concienzuda del argumento de Jackendoff y de ciertos aspectos de la obra de Pinker, puede leerse Dennett, Daniel C. (1994), "Review of Jackendoff/Pinker", *The London Review of Books*, Vol. 16, no. 12, pp. 10-11.

- 27 Cf. Anderson, Stephen R. y Lightfoot, David W. (2002), *The Language Organ: Linguistics as Cognitive Physiology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 28 Una primera formulación de estos argumentos puede encontrarse en Lightfoot, David W. (1999), *The Development of Language. Acquisition, Change, and Evolution*. Oxford: Blackwell, cap. 3. También puede verse la argumentación de Anderson y Lightfoot (2000), "The human language faculty as an organ", *Annu. Rev. Physiol.*, No. 62, pp. 1-23, especialmente pp. 17-20.
- 29 El capítulo 5 de Lightfoot (1999) analiza la existencia de varios datos lingüísticos primarios que permitirían explicar desde un punto de vista innatista este tipo de variaciones complejas.
- 30 Para un análisis previo y detallado de este argumento puede verse Anderson y Lightfoot (2000: 3-17). El capítulo 9 de Lightfoot (1999) analiza la posibilidad de que el lenguaje sea un órgano disfuncional, dado que no llega a usar todo lo que es capaz de generar ni genera todo aquello que llega a requerir; un problema relacionado con el tercer argumento expuesto a continuación.
- 31 Anderson y Lightfoot (2006), "Biology and language: a response to Everett (2005)", *Journal of Linguistics*, 42, pp. 377-383, especialmente p. 380. Para una respuesta a esta y otras contrargumentaciones, léase Everett, Daniel L. (2006), "Biology and language: response to Anderson y Lightfoot", *Journal of Linguistics*, 42, pp. 384-393.
- 32 Cf. Everett, Daniel L. (2005), "Biology and language: a consideration of alternatives", *Journal of Linguistics*, 41, pp. 157-175, especialmente p. 163.
- 33 Gould, Stephen Jay (1993), *Ocho cerditos*. Madrid: Alianza, 2006.
- 34 Millikan, Ruth G. (2005), *Languages, a biological model*. Oxford: Oxford University Press.